

# La carga de la indiferencia: Una reflexión sobre la vejez, el sufrimiento y nuestra responsabilidad colectiva

**Por: Alexandra Caballero Guzmán MD MSc**

**Medica especialista en cuidado con perspectiva de genero**

La filosofía, en su afán por descifrar la condición humana, nos ofrece lentes para entender no solo el mundo, sino también las urgencias de nuestro tiempo. Cuando miramos el rostro del **envejecimiento** y el sufrimiento de millones de personas mayores en Latinoamérica, que enfrentan la pobreza, la enfermedad y la soledad, nos preguntamos: ¿dónde radica la responsabilidad? Para responder a esta inquietud, podemos recurrir a las profundas ideas de dos pensadoras extraordinarias: **Hannah Arendt** y **Adela Cortina**.

Desde la perspectiva de Hannah Arendt, una de las mayores preocupaciones era la pérdida de la esfera pública, ese espacio de interacción y acción política donde los ciudadanos se encuentran para deliberar y actuar juntos. Arendt lamentaba que la vida moderna nos ha recluido en la esfera privada, enfocados en nuestras propias necesidades y en el consumo, mientras que los asuntos que nos atañen como comunidad se desvanecen. El problema del envejecimiento solitario y empobrecido es, en esencia, un fracaso de la esfera pública. Es un problema que nos afecta a todos, pero que a menudo relegamos a la intimidad del hogar o, peor aún, a la indiferencia total. La responsabilidad, para Arendt, no es solo un acto individual, sino también un **deber de participación en el mundo compartido**. No mirar hacia otro lado es el primer paso para no caer en la trampa de la apatía.

Arendt nos legó un concepto que resuena de manera escalofriante en este contexto: la "**banalidad del mal**". Originalmente, lo utilizó para describir cómo el mal podía ser perpetrado por personas comunes que simplemente obedecían órdenes sin reflexionar sobre las consecuencias. En el caso de las personas mayores, la banalidad del mal se manifiesta como la **banalidad de la indiferencia**. No hay un malvado consciente que cause su sufrimiento. Más bien, es una acumulación de

pequeñas e inofensivas **negligencias, de olvido institucional y de la creencia generalizada de que la responsabilidad es de "alguien más"**. Es la burocracia que no funciona, el hijo que se olvida de llamar, la comunidad que no se organiza. Es el mal que florece no por una maldad activa, sino por la simple y devastadora ausencia de una acción consciente y ética.

---

Aquí es donde las ideas de Adela Cortina, filósofa española contemporánea, se vuelven cruciales. Cortina nos invita a pensar en una "**ética de la razón cordial**", una ética que no solo se basa en la lógica de los derechos y deberes, sino que también incorpora la empatía, el cuidado y el reconocimiento del otro como un igual. Ella argumenta que nuestra sociedad necesita una "**ética cívica**", un mínimo moral compartido que nos permita convivir y construir una sociedad justa. La situación de las personas mayores en Latinoamérica nos revela una profunda crisis en nuestra ética cívica. No solo estamos fallando en proveerles los derechos básicos (salud, pensiones dignas), sino que también estamos fallando en reconocer su dignidad intrínseca, su valor como seres humanos.

Para Cortina, la responsabilidad es inseparable de la **justicia**. No es suficiente con tener buenas intenciones; se necesita un compromiso activo para crear estructuras que prevengan el sufrimiento. El envejecimiento no debería ser una condena a la pobreza y el abandono. Es un fenómeno universal que debe ser planificado y abordado con solidaridad. La responsabilidad no es una carga que se hereda, sino un **acto de construcción colectiva**. Significa exigir políticas públicas adecuadas, apoyar a organizaciones que cuidan de los mayores, pero también, en el plano individual, significa tender la mano, visitar, escuchar y estar presente.

Ambas pensadoras nos ofrecen herramientas para entender que el problema del envejecimiento es una responsabilidad que nos convoca a todos. Arendt nos advierte sobre el peligro de la indiferencia y la necesidad de **volver a la esfera pública**, de tomar una postura activa y no dejar que el mal, en su forma más banal, se apodere de nuestras relaciones sociales. Cortina, por su parte, nos llama a la

acción, a construir una sociedad basada en una ética cívica que nos recuerde que **el cuidado del otro es un deber fundamental**.

No es un problema del Estado por sí solo, ni de las familias por sí solas. Es un desafío que interpela a la sociedad en su conjunto. La solución no se encuentra en un único decreto o programa. Se encuentra en la recuperación de la empatía, en la construcción de comunidades más fuertes y solidarias, y en el reconocimiento de que la dignidad humana no tiene fecha de caducidad. Es hora de que el problema del envejecimiento deje de ser una estadística y se convierta en una causa moral que nos mueva a la acción. Nuestra responsabilidad, en última instancia, no es aliviar el sufrimiento, sino **evitar que se produzca en primer lugar**.